

Maud LE GUELLEC, ed., *El autor oculto en la literatura española: siglos XIV a XVIII*. Madrid, Casa de Velázquez, 2014, 216 pp.



La obra que a continuación se reseña es el resultado de un esfuerzo conjunto y sostenido por parte de varias instituciones de acusado rigor intelectual. Por un lado, la precede en 2009 la publicación de libro *Qui écrit? Figures de l'auteur et des co-élaborateurs du texte*, así como las actas de dos congresos sobre la noción de autor en el Renacimiento, organizados por la Maison d'Érasme y el Gruppo di studio sul Cinquecento francese. Además, en 2010 el Groupe Interdisciplinaire d'Analyse Littérale organiza un congreso sobre el tema de la firma. Por otro lado, es fruto del taller de reflexión en torno a la noción de autor, creado en 2009-10 por l'École des hautes études hispaniques et ibériques, y el subsiguiente coloquio el 16 y 17 de junio de 2011 en la Casa de Velázquez de Madrid, con la colaboración de la Université Sorbonne Nouvelle y el Instituto de España.

Bajo la mirada editora de Maud Le Guellec, se ponen al alcance del lector las aportaciones de los especialistas que participaron en aquellas jornadas; se trata de un conjunto de artículos que, a partir de obras españolas, ofrece una panorámica suficientemente amplia (desde la Edad Media al siglo xviii) para convidar a cuestionar la noción de creador como ente único. La presentación de varios casos límite pronto evidencia que la ecuación por la que en la actualidad el lector tiende a asociar «una obra = un autor» no puede aplicarse a este periodo.

En las páginas preliminares Le Guellec trae a colación la línea de cuestionamiento de la legitimidad del estatuto del autor, ya comenzada en los años sesenta por Barthes y Foucault. Dicha línea se prolonga en los ochenta de la mano de Roger Chartier, que contribuye con su conocimiento de la historia del libro y de la impresión.

Varios estratos superpuestos son necesarios para llegar a la construcción de un texto. La presencia autorial tampoco es de un solo tipo: mientras unos se manifiestan abiertamente otros se diluyen en anonimato voluntario; unos se parapetan tras un nombre ajeno, otros se atribuyen la autoría de obras de otros. Hay autores que por diversos motivos eluden aparecer y autores que se diluyen en un autor plural. Unos quieren hacerse notar, mientras otros difuminan los rasgos de su escritura para no ser reconocidos o esquivan el enfrentamiento con el público empleando máscaras (pseudónimos) para sus múltiples voces. Es precisamente en esos autores desconocidos, celadores del misterio, donde la ausencia es mejor aprovechada por los horizontes interpretativos.

Esta compilación de artículos en torno al concepto de autor entre los siglos xiv al xviii se organiza en tres sugerentes apartados. El primer bloque, titulado «El autor múltiple» comienza con el artículo de Stéphanie Aubert sobre la estratificación autorial en las Crónicas de Burgos, resaltando que en la Edad Media a menudo la autorialidad involucra a otros actores en el acto escritor. La estudiosa francesa distingue el auctor del editor y del scriptor. Así por ejemplo, el rol de editor puede amparar las figuras de compilador, escritor y corrector.

A continuación, José Aragüés, de la Universidad de Zaragoza, diserta acerca de la difusa autoría en el *Flos Sanctorum*. Su interesante estudio revela la complejidad de la evolución del concepto de autor en el arco temporal que va del Medievo al año 1578 aproximadamente. Rastrea con datos fehacientes el proceso que parte de la anonimidad de los manuscritos y culmina en la revelación de los nombres en el *Flos Sanctorum* renacentista. Asimismo plantea cómo la Leyenda de los Santos bascula desde la orfandad a la impostura, llegando a una definitiva reclamación de la autoría en la diatriba entre Villegas y Ribadeneyra.

Este primer bloque culmina con el escrito de David Álvarez Roblin, quien ahonda en las relaciones entre los originales del Guzmán de Alfarache de Mateo Alemán y el Quijote de Cervantes con sus supuestos apócrifos a manos de Mateo Luján y A. Fernández de Avellaneda respectivamente. Álvarez Roblin explica cómo el concepto de autor apócrifo ceba su aparición precisamente como epígono de los primeros grandes éxitos de lectura peninsular.

El segundo bloque recoge bajo el título «El autor huidizo» tres trabajos que nos introducen en los azares de la ocultación de la identidad. La sola lectura de esta breve muestra ya nos pone sobre aviso acerca de la multiplicidad de modos de elusión, y con ello empuja a eliminar los juicios fáciles, las reducciones simplistas y las presuposiciones a favor de un estudio caso por caso que revela detalles de gran importancia no solo para la historia de la literatura sino también para la crítica literaria. En el primer artículo, Cristina Moya García nos introduce precisamente en serias disquisiciones sobre los efectos que para la crítica literaria tiene la anonimidad y/o la omisión de autor en el *Cid*. Persiguiendo las vetas de las primeras impresiones de la obra, aduce la tesis de Julio Puyol, quien en 1911 la atribuye a la Crónica abreviada de España, también conocida como la Valeriana. En su contraparte, la Crónica popular del *Cid*, los Tres Compañeros Alemanes silencian el nombre de Valera. Como veíamos en el caso del *Flos Sanctorum* defendido por Aragüés, el proceso de fusión de materiales se repite: la anónima Crónica de Castilla da lugar a la Crónica particular del *Cid*, y la Crónica Valeriana será origen de la Crónica popular del *Cid* y de Crónica del conde Fernán González. Como las sinuosas curvas de un río, el nombre de Valera como autor desaparece y reaparece a manos de los impresores a final del siglo xvi.

Hanno Ehrlicher se adentra en la problemática del autor del Lazarillo. Achaca a razones pragmáticas el desocultamiento del autor bajo la tesis de R. Navarro Durán y las contrapone a los valores literarios y la productividad que conlleva el ocultamiento. Analiza las ventajas e inconvenientes de esta noción para la crítica literaria y los estudios históricos desde una perspectiva bastante innovadora.

Alejandro García Reidy, desde la Universidad de Syracuse, se dedica a investigar la alternancia de ocultación y presencia autorial en las fiestas por las dobles bodas reales de 1599. Percibe que por una parte las características de la fiesta cortesana implican un difuminado de los autores a favor de un discurso áulico que pretende elevar al monarca, si bien, por otra parte, las perspectivas de mecenazgo hicieron posible la quiebra de esta ocultación y la emergencia de ciertas instancias autoriales como las de Lope de Vega y Gaspar de Aguilar.

Joaquín Álvarez Barrientos elabora un peculiar acercamiento al concepto de negro en la República Literaria española del siglo xviii. En esa época el binomio autor-obra comienza a disociarse y en el espacio dejado caben figuras tan singulares como este rol que califica de «mercenario». El investigador del CSIC indaga en por qué alguien desea contratar estos servicios. Motivos religiosos y morales encabezan la lista, seguidos por la huida de la inelegante inmodestia, los motivos políticos y el enfrentamiento con colegas o enemigos. El proceso de industrialización de la literatura, excelentemente resumido en la página 101, resulta imprescindible para entender los inicios de lo que hoy se conoce como producción de una obra: por un lado, bajo la calificación de «negro» se incluyen tareas como la de asistente, periodista o documentalista; por otro, aparecen suscriptores, publicidad, tertulias, sociedades literarias, historias de la literatura, así como nuevas demandas y perfiles de lector. De todo ello se desprenden nuevos cánones y se abre paso una nueva política que en sus leyes exige claridad para evitar falsas atribuciones y errores de catalogación. En torno a la figura de «negro» en el siglo xviii, en fin, se esconde mucho más que oportunismo, complejo de inferioridad, necesidad económica o miedo a represalias. Antes bien, bajo su etiqueta se urde una compleja trama de relaciones y de forjas de identidades en tránsito.

En la misma vertiente pero desde otro punto de vista trabaja Philip Deacon, que acomete el tema de las máscaras culturales como tácticas y juegos autoriales en la España dieciochesca. Si bien hoy parece comprensible que se esconda el autor cuando se trata de ciertas sátiras, panfletos políticos, obras de corte erótico o columnas editoriales de prensa (no pocas veces escritas, revisadas o supervisadas por múltiples manos), sin embargo Deacon nos desvela que las causas evidentes son solo la punta de iceberg de una casuística variada. De tal modo, por ejemplo, también eran objeto de ocultación del autor tras anagramas o pseudónimos aquellas traducciones de autores extranjeros que la censura catalogaba de prohibidos y aquellas obras cuyo traductor sospechaba que podrían traer influjos peligrosos o poco ortodoxos para el público reinante. La ocultación era ilegal, pero la trampa encontraba maneras de sortear la ley. No en vano, *El sí de las niñas* contó con el no de los censores antes de ver la luz.

El tercer bloque bajo el epígrafe «El autor ficcionalizado» se abre con un trabajo de Olivier Biaggini y Corinne Mencé-Caster sobre las posturas e imposturas autoriales en el *Libro de Buen Amor*. Los investigadores ponen en relación la auctoritas con la autoría: en los textos medievales es relativamente común escudarse en la autoridad para hacer afirmaciones comprometidas sin asumirlas plenamente en nombre propio. Biaggini y Mencé-Caster reparan en que en el *Libro de Buen Amor* el uso de este recurso es tan sistemático que la autoconciencia más bien raya en ironía. De esta manera,

mediante la distancia provocada por la ocultación del autor, la obra conserva cierta autonomía frente a los intentos de interpretación unívoca.

A continuación la compilación de Le Guellec inserta la reflexión de Roland Béhar, de la Université Lille 3, acerca del fantasma del autor y el intérprete. Béhar nos ilustra sobre cómo, en la Edad Media, las obras inacabadas de Virgilio, Dante, Petrarca, Juan de Mena o Ausiàs March precisan de ciertos comentaristas autorizados que las preserve de una posible malinterpretación. Frente a estos usos aceptados, los comentaristas de las obras de Petrarca durante el siglo xvi eligen concienzudamente el texto que van a publicar de manera que se convierten en coautores del texto, lo que provoca que haya «varios Petrarca».

El último artículo viene de manos del editor, Maud Le Guellec, de la misma universidad de Lille, quien examina el tema de los autores de las cartas de lector en el Diario de Madrid. Nos refiere casos en que el autor de tales cartas es explícito, pero no es lo común. Abundan más los casos de autor esquivo que no quiere asumir la responsabilidad de su escrito. En algunas ocasiones la ocultación es tan solo parcial y permite al lector reconocer el sello y la impronta estilística de su autor, mediante un acuerdo tácito de reconocimiento, o por previsible contagio ideológico. La impostura, de cualquier manera, adquiere el rango de estrategia de ficcionalización.

La obra en su totalidad contribuye a ahondar en el surgimiento de la noción de autor y constituye una lectura obligada para quien pretenda entender las tramas de los diversos modos de autoría, más enrevesadas de lo que se pensaría a primera vista. Deja abierto el debate al psicoanálisis e invita, además, a reflexionar sobre los porqués de la ocultación y sobre los misterios que ello suscita. De esta manera, la que en principio fuera una monolítica noción de autor, resta cuestionada y presenta fisuras a modo de máscaras, como las *personae* en el sentido latino. Nos hallamos ante un magma multiforme de trasuntos lúdicos y superposiciones, de facetas y velos por lo general premeditados que, a modo de bambalinas, multiplican las propias voces tornando fértil el asunto de la identidad y ampliando la capacidad autorial que a menudo, como cierto erotismo, dice más por lo que oculta que por lo que exhibe.

Elaborada con un conspicuo criterio de selección, la edición de Maud Le Guellec presenta una bibliografía relevante y plenamente actualizada. Los capítulos poseen una innegable científicidad y pulcritud en la selección de fuentes y una compostura individual que otorga solidez al conjunto. Poseen en sí mismos suficiente autonomía intelectual al tiempo que realzan la calidad de los demás capítulos. La obra comporta además una muy bienvenida fluidez redaccional que, a pesar de la envergadura académica de la obra, logra huir de los clichés de pesadez y obscuridad que a menudo afectan al género.

En definitiva, cabe elogiar el hecho de que la compilación no consista en una barahúnda de información tomada de soslayo e hilvanada para rellenar un volumen de aspiraciones unitarias. Por el contrario, sorprende el cuidado con que Le Guellec consigue reunir esta secuencia de estudios, equilibrando la tarea nada fácil de mantener la armonía, la ilación y la coherencia. Sin desmerecer el hecho de que, como se ha visto al inicio, los fundamentos estuvieran bien apuntalados, es muy

respetable lograr que una faz tan poliédrica no impida ver el bosque de máscaras que danzan en torno a la función autorial en los siglos xiv a xviii en España.

Alicia SILVESTRE MIRALLES
Universidad de Brasilia
alicia.silvestre@gmail.com

TROPELIÁS